

EL DESQUITE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

EL SEÑOR DE GARELLE, *solo, hundido en un sillón.*

«Héteme aquí, en Cannes, viudo, es decir, soltero; es decir, ¡libre! ¡divorciado! ¡Qué alegría! En París no me daba cuenta... De viaje, ya es otra cosa; no tengo motivos para compadecerme; al contrario.

¡Y mi mujer se ha vuelto á casar!

¿Será feliz mi sucesor? Debe ser un imbécil... Yo también fui un poco imbécil cuando me casé con ella... Y tiene buenas cualidades... físicas; pero muy buenas, muy apetecibles. En cuanto á lo moral, dejaba mucho que desear.

Qué mentirosa, qué redomada, qué veleta... ¡Y qué atractiva para todos los que no están casados con ella!

¿Habré sido burlado? ¡Qué tormento, hacerse la misma pregunta un día y otro, sin obtener la menor certeza!

¡Los paseos que yo he dado para sorprenderla, sin descubrir nada jamás! En todo caso, aunque haya sido burlado, ya no lo soy, gracias á la benéfica ley de divorcio. La cosa es muy sencilla. Con un látigo y unas agujetas en el brazo derecho, salí de apuros; y además, tuve la satisfacción de zurrar, hasta saciarme, á una mujer que probablemente me habría engañado.

¡Qué paliza! ¡Vaya una paliza!

(Se levanta riendo, pasea, luego vuelve á sentarse.)

Es verdad que los jueces han dictado el divorcio contra mí, pero ¡qué paliza!

¡Bueno! Pasaré una temporada en el Mediodía, como un soltero. ¡Qué gusto! ¿No es un goce viajar con la eterna esperanza de un amor inesperado? ¿Qué mujer encantadora me sorprenderá con su presencia en el comedor, en un pasillo del Hotel ó en la calle?

¿Cómo es la que me abrirá los brazos mañana ó la que yo pretenderé furiosamente? ¿Cómo serán sus ojos y su boca y su pelo y su risa? ¿Dónde se halla la primera que me ofrecerá sus labios mien-

tras yo la oprima contra mi corazón? ¿Es rubia ó morena? ¿Es alta ó menuda? ¿Es alegre ó melancólica? ¿Es gorda ó...? ¡Será gorda!

¡Oh! ¡Cuánto compadezco á los que no gozan el encanto exquisito del que aguarda como yo! La mujer que ahora deseo es *la Desconocida*, la que llena mi corazón sin que mis ojos adivinen siquiera sus formas, la que me seduce con todas las perfecciones inimaginadas. ¿Dónde la encontraré? ¿Aquí mismo? ¿Acaso me aguarda junto á la puerta? ¿Estará lejos aún? ¡Qué importa, mientras ardo en deseos y estoy seguro de hallarla! Sí; la encontraré hoy ó mañana, en seguida ó más adelante; pero, la encontraré. ¿Cómo dudarle?

Y gozaré la dicha incomparable del primer beso, de las primeras caricias, toda la embriaguez de amorosos descubrimientos y todo el misterio de lo inexplorado ¡tan deliciosos! ¡Ah! los idiotas que no comprenden la sensación adorable de un velo que se alza por vez primera... ¡Oh! los idiotas que se casan... como ese que me substituye... cuando ya...

¡Caramba! ¡Una mujer!

(Atraviesa la galería una mujer elegante, fina, esbelta.)

¡Hola, hola! ¡Buen cuerpo! ¡Y buenos andares! Falta saber si la cara... Cuando vuelva...

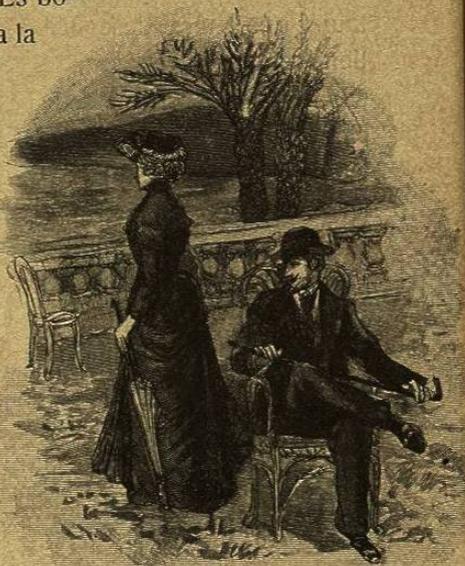
(Pasa de nuevo; él consigue verla de frente, pero ella no repara en él, embutido como está en la butaca...)

¡Jesucristo! ¡Mi esposa!... No... ya no es mía. ¡La esposa de Chantever! Es bonita, pero muy bonita la condenada..

Me dan tentaciones de... ¡casarme otra vez con ella! ¡Bueno! ¡Ahora se ha sentado y coge un periódico! No chisto.

¡Mi mujer! ¡Qué impresión tan extraña me ha producido! ¿Mi mujer? Hace más de un año que no la gozo... Y tiene condiciones físicas admirables... ¡una hermosa pantorrilla!

Sólo de pensarlo me dan calambres... ¡Y un pecho, tan bien modelado!... ¡Uf! Durante nuestra luna de miel hacíamos el ejercicio: ¡Izquierda!, ¡Derecha!,



¡Izquierda!, ¡Derecha!—¡Qué pecho cuando se perfila! ¡y de frente!

Pero ¡qué mala pécora!

¿Tuvo amantes? ¡Lo que me hicieron sufrir las dudas! Ahora ¡bah! me importa poco.

No he visto una criatura tan encantadora cuando sube á la cama. ¡Cómo apoyaba la rodilla, inclinándose hacia delante! ¡cómo se deslizaba entre las ropas!

Me vuelvo á enamorar de mi mujer, por lo visto...

¿Y si me acercase y la dirigiese la palabra? Pero, ¿qué voy á decirle?

Además, ella puede pedir socorro si recuerda la paliza... ¡Qué paliza! Confieso que me dejé dominar por la soberbia... Fué demasiado.

¿Me dirijo á ella? Tendría gracia, después de todo. Es un atrevimiento... Sí, me decido; y aún es posible que logre... Ya veremos.





II

A CÉRCASE á la elegante señora, la cual está muy abstraída leyendo el «Gil Blas». El señor de Garelle habla con mucha dulzura.)

—Me permite usted, señora, que la recuerde...

(La señora levanta la cabeza, da un grito y quiere huir. El, impidiéndolo, habla humildemente.)

—No tema, señora; ya no soy el marido.

—Y ¿se atreve usted?... ¡Parece mentira, después de lo que ha pasado!

—Me atrevo... relativamente. No me atrevo, no. Explíquesele usted como quiera. Cuando la vi, procuré contenerme... y no pude... Me ha sido imposible no acercarme.

—Para burla, es pesada y dura demasiado.

—No me burlo, señora; no es burla.

—Será empeño; tal vez una sencilla insolencia.

Un hombre que pega á su mujer, es capaz de todo.

—Es usted implacable conmigo. Me parece que

no debiera reprocharme usted, señora, un arrebato que lamento. Esperaba que me lo agradeciera.

—(Estupefacta.) ¿Se ha vuelto usted loco? ¡Se burla de mí, groseramente!

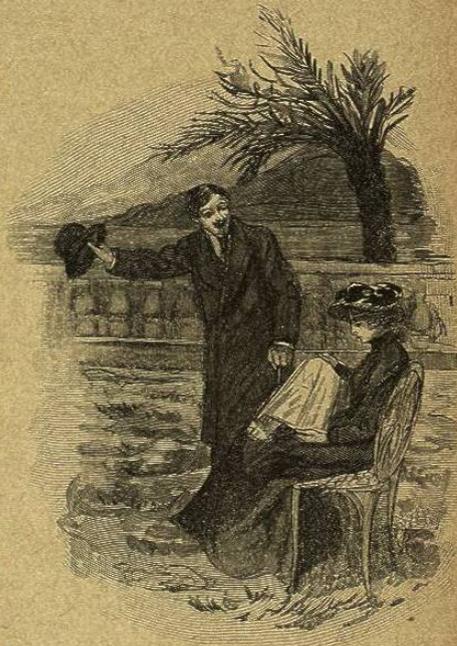
—No, de ningún modo; y es preciso que sea muy desgraciada, para no comprenderme.

—Hable usted claro y le comprenderé.

—Si fuera usted muy dichosa con el que ocupa mi lugar, me agradecería la violencia que autorizó el divorcio.

—Extrema usted demasiado su ironía. Váyase; no tenemos nada que decirnos.

—Reflexione y verá cómo es cierto: si yo no hubiese cometido la infamia de zurrarla, esta-



ríamos aún amarrados á un yugo insoportable.

—¡Acaso tenga usted razón!

—¿Ya se convence? Vea cómo no merezco tanta esquivez...

—Me desagrada su presencia.

—Respecto á usted me sucede todo lo contrario.

—Esas galanterías me repugnan tanto como sus brutalidades.

—Señora, sin derecho á maltratarla, debo forzosamente mostrarme delicado...

—Valga la franqueza. Pero si fuera usted atento como dice, se iría.

—No extremo hasta ese punto el deseo de agrardarla.

—¿Quiere decirme claramente su pretensión?

—Hacerme perdonar mis errores, en el supuesto de que lo fueran.

—(Indignada.) ¿Cómo? ¡En el supuesto de que lo fueran! ¿Su comportamiento brutal puede tener disculpa?

—Puede tenerla.

—¿Qué dice?

—Señora: usted conoce la comedia *Cornudo y apaleado*. Fuí, ó no fuí cornudo, pero apaleado...

—(Levantándose.) ¡Me insulta!

—La ruego que me oiga un minuto. Yo estaba

celoso, muy celoso; esto prueba que la quería. Cometí un exceso brutal; otra prueba de mi cariño. Y como la brutalidad llegó al colmo, cegándome, no hay duda posible de mi apasionamiento. Pero lamentaría mucho haberla zurrado siéndome fiel.

—No lamente nada.

—Su respuesta es un poco ambigua. ¿Quiere usted decir que desprecia mi piedad, ó que no la merece? Siendo inmerecida la piedad, serían bien merecidos los golpes, y si la desprecia...

—Piense usted como guste.

—Ya comprendo: por gracia de usted, señora, he sido cornudo.

—No. ¿Qué dije yo para que usted lo deduzca?

—Decir, nada; pero darlo á entender...

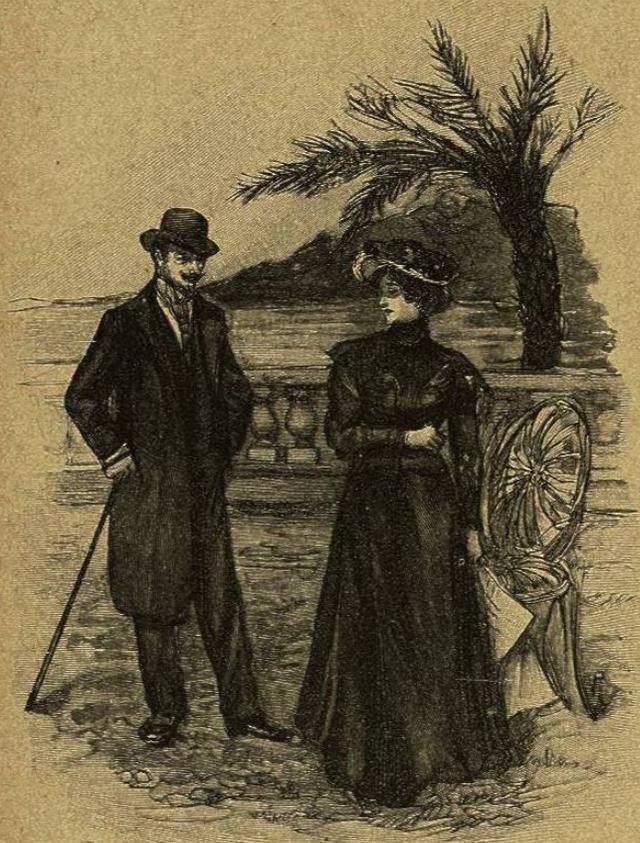
—Dí á entender que no admito su piedad.

—No hagamos juegos de palabras, y dígame sencillamente, que yo era...

—(Interrumpiéndole.) No repita usted una vez más el calificativo infamante que me subleva y me repugna.

—Del nombre se puede prescindir, pero no del asunto. Confiese la verdad.

—¡La verdad es que no tengo nada de qué arrepentirme!



—Siendo así, la compadezco sinceramente, y retiro, antes de formularla, mi proposición.

—¿Qué proposición?

—Sólo tenía razón de ser, existiendo el engaño.

—Supongamos que sí. El engaño existe. ¿Qué?

—Suponerlo no es bastante: se necesita confesarlo.

—Pues bien, lo confieso.

—Tampoco basta decir «lo confieso». Es necesario una prueba.

—(Sonriendo.) Pide usted muchas cosas.

—No. Mi proposición revestiría caracteres muy graves. Comprenda usted que debe ser grave del todo este asunto, para que yo me haya permitido hablarla, después de lo que ocurrió entre nosotros: primero mis quejas motivadas por usted, y luego las de usted con motivo de la paliza. Esta proposición, que podía tener para los dos mucha importancia, ninguna ofrece si yo no he sido engañado.

—¿Qué pruebas quiere usted? ¿No basta que yo lo diga? Sí; ha sido engañado.

—Una prueba, una sola ¡irrefutable!

—¿Dónde querrá usted que busque pruebas irrefutables? Ahora de pronto... ni luego, ni nunca.

—Que repita lo que hizo siendo mi esposa. ¡Y entonces, era una dádiva y no una deuda!

—Si yo no me resisto, será usted capaz...

—De todo, porque me gusta usted mucho.

—Entonces, ¿para qué ha servido el divorcio?

—Para revivir el amor.

—Usted nunca me ha querido.

—Ahora estoy dando una prueba de que sí.

—¿Qué prueba?

—¿Cómo, «qué prueba»? Cuando un hombre que ha sido el esposo de una señora se decide luego á ser su amante, prueba que la quiere.

—¡Oh! No confundamos. Casarse, prueba el amor ó el deseo que inspira una mujer; pero solicitar sus favores, como querida, no prueba nada; es decir, prueba el desprecio. En el primer caso, el hombre acepta el amor, con todas las responsabilidades; en el segundo, se deja todo el peso al propietario legítimo y se admiten los goces nada más, y aun éstos, mientras uno quiera... Son cosas muy distintas.

—Razona usted mal. Cuando un hombre quiere á una mujer, no debería casarse con ella, porque seguramente, casada, le burlará, como usted me burló. Mientras que una querida, es fiel á su amante con todo el encarnizamiento que usa para en-

gañar á su marido. ¿Eh? Cuando un hombre quiere asegurar el cariño de una mujer, debiera casarla con otro.

—No deja de tener gracia.

—Deme una respuesta.

—Que... no.

—Bueno: advertiré al señor Chantever.

—¿Contra mí?

—Diciéndole que usted me ha engañado cuando era mi esposa.

—¿Y qué?

—No se lo perdonará nunca.

—¿El?

—¡Claro! ¿Le parece muy tranquilizador saber que la mujer propia se atrevió á engañar á su marido?

—(Riendo.) ¡Qué miedo! ¡Qué miedo! ¡Qué amenaza tan graciosa, Enrique!

(Una voz en la escalera, llamando á Matilde.)

—(Bajando el diapason.) ¡Mi marido! ¡Adiós!

—(Levantándose.) Quiero acompañarla y presentarme á él.

—No haga usted eso.

—Sí, ¡vaya!

—Por favor...

—Comprométase á pagarme su deuda y la obedeceré.

(La voz continúa llamando á Matilde.)

—Déjeme tranquila; no debo nada.

—¡Matilde! ¡Te adoro! ¿Dónde nos veremos?

—Aquí, después de comer.

—*(Besándole una mano.)* ¡Encantadora!



III

MATILDE baja corriendo para no impacientar á Chantever, y Garelle se abandona en la butaca, tranquilamente.)

Me gusta más el nuevo papel. Me gusta ella; me gusta engañar á su marido. La deseo más desde que principió á llamarla con ese tono de «señor y dueño» que usan los maridos.

